

HERVÉ BAZIN
VÍBORA
EN EL PUÑO

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO MUÑIZ

Título original: *Vipère au poing*

Primera edición: noviembre de 2022

© Éditions Grasset & Fasquelle, 1948

© de la traducción, Francisco Muñiz, 2022

© de la ilustración de la cubierta, Jesús Cisneros, 2022

© de esta edición:

Editorial Contraseña

info@editorialcontrasena.es

www.editorialcontrasena.es

Diseño: Jesús Cisneros y Fernando Lasheras

Impresión: Talleres Editoriales Cometa, S. A., de Zaragoza

ISBN: 978-84-124215-2-1

Depósito legal: HU 67-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

VÍBORA
EN EL PUÑO



I

El verano de Craon, suave pero pertinaz, recalentaba aquel bronce enroscado sobre sí mismo con primor: tres anillos viperinos que tentarían a un orfebre, desprovistos de los clásicos ojos de zafiro porque, por suerte para mí, aquella víbora dormía.

Dormía profundamente, debilitada sin duda por la edad o exhausta por un atracón de sapos. ¡Un mito, ilustrado!: el mismísimo Hércules sofocando las serpientes en su cuna. Hice lo que él debió de hacer: sujeté la bestia por el cuello con firmeza. Así es, por el cuello, pero providencialmente. Un pequeño milagro, ni más ni menos, que durante mucho tiempo alimentó las devotas anécdotas familiares.

La agarré por el cuello justo debajo de la cabeza y apreté; sin más. La brusca sacudida como la de un muelle que saltara de la caja de un reloj (y esa caja para mi víbora se llamaba *vida*), el primer y último reflejo desesperado con un segundo de retraso, los enroscamientos, los desenroscamientos, los enroscamientos fríos alrededor de mi muñeca: nada hizo que yo aflojara. Por suerte, la cabeza de una víbora es triangular, como Dios, su viejo enemigo, engastada en un cuello delgado donde la mano encuentra fácil acomodo. Por suerte, la piel de víbora es áspera, seca y escamosa, es decir, carece de la viscosidad defensiva de la anguila. Apreté más y más, impasible, pero intrigado por aquel frenético despertar

de un objeto tan aparentemente inmóvil, tan digno de figurar entre los juguetes sin cuerda. Apreté —la mano rosácea de un rapaz es como una morsa— y, al mismo tiempo, para instruirme y examinarla mejor, la aproximé a mi nariz, muy cerca, cerquísima, pero, tranquilizaos, a una distancia suficiente y milimétrica que no diera la última oportunidad a unos colmillos rezumantes de rabia.

De verdad que aquella víbora tenía unos ojos hermosos; no eran los ojos de zafiro de las pulseras en forma de serpiente, repito, pero sí ojos de topacio quemado, salpicados de negro en el centro y chisporroteantes de una luz cuyo nombre aprendí más tarde, el odio, la misma luz que encontraría de nuevo en las pupilas de Guarraloca, es decir, de mi madre, junto con, en menor medida, las ganas de jugar (¡una precisión seguramente no del todo cierta!).

Mi víbora tenía dos agujeritos por nariz y una boca admirable, abierta como la corola de una orquídea, con la famosa lengua bífida en el centro (una punta para Eva y otra para Adán), la famosa lengua, más parecida, diría yo, a un tenedor para comer caracoles.

Apretaba, ya lo he dicho (es muy importante, lo era también para la víbora), apretaba, la vida se extinguía en ella, se ablandaba y pendía de mi mano como el flácido cayado de Moisés. Daba algunos respingos, por supuesto, pero cada vez más espaciados, primero en forma de espiral, luego de báculo y más tarde de signo de interrogación. No dejé de apretar. Al fin, el último signo de interrogación se convirtió en exclamación, lisa, definitiva, con la punta por completo inmóvil. Los topacios se extinguieron, recubiertos a medias por dos tafetanes azulencos. La víbora, mi víbora, estaba muerta o, con más exactitud para mí, el niño que yo era, había vuelto al estado broncíneo en que la había encontrado unos

minutos antes al pie del tercer plátano de la avenida del puente.

Jugué con ella veinte minutos, colocándola a mi antojo, manoseándola, toquiteando aquel cuerpo desmembrado de un completo inválido. Nada está tan muerto como una serpiente muerta. Enseguida aquel despojo perdió su aspecto, abandonó su estado metálico. Se empeñaba en mostrarme ese color paliducho del vientre, que, por prudencia, todas las alimañas ocultan hasta la hora de la muerte o del amor.

Estaba a punto de atarla a mi tobillo cuando sonó la campana de La Belle Angerie anunciando la mermelada. Aquel día nos tocaba apurar un tarro de mirabeles, algo mohosas por los cuatro años en la alacena, pero mejor eso que la jalea de grosellas, tan antipática de untar en el pan. Me incorporé dando un brinco con los pies sucios sin olvidarme de mi víbora; esa vez la cogí por la cola balanceándola graciosamente.

Pero, de pronto, un bramido resquebrajó mis primeras cogitaciones científicas y, de la ventana de la medrosa señorita Ernestine Lion, salió esta orden aterrorizada:

—¡Haga el favor de soltar eso ahora mismo! —Y, después, en un *crescendo* trágico—: ¡Ah, qué niño más desgraciado!

Me quedé perplejo. ¡Vaya dramón! Llamadas, gritos aquí y allí, frenesí de tacones por las escaleras. «¡Señora, señor abate, vengan!». ¿Dónde están los demás? Ladridos de nuestro perro Capi (habíamos leído ya *Sin familia*).¹ Campanas. Y, al final, la abuela, pálida como

¹ *Sin familia* (1878), novela de Hector Malot (1830-1907) que narra las aventuras de Remi, un niño de ocho años vendido por su padrastro a un músico ambulante; Capi es el nombre de un perro que los acompaña. [Esta nota y las siguientes son del traductor].

su toca, surgió por la puerta de honor empujando con la punta de las botinas su perenne vestido largo y gris. Salieron a la vez de la biblioteca, ala derecha, la tía Thérèse Bartolomi, condesa del Imperio, seguida de mi tío el protonotario apostólico, y, del cuarto de la ropa, ala izquierda, la institutriz, la cocinera, la criada... Toda la familia y sus satélites afluyeron por las numerosas salidas de La Belle Angerie, ese enorme bosque de conejos.

La familia al completo, ¡qué precavidos!, formó enseguida un círculo a una distancia prudente de la víbora, que tenía aspecto de estar muy viva debido al movimiento que yo le imprimía con los dedos todo el rato.

LA TÍA THÉRÈSE: ¿Está muerta?

LA CRIADA: Espero que solo sea una culebra.

LA INSTITUTRIZ: ¡No se acerque, Frédie!

LA COCINERA (sordomuda): ¡Gr...!

EL ABATE: Vas a ver qué bofetada te doy..

LA ABUELA: ¡Anda, querido, suelta esa asquerosidad!

Sin inmutarme, le tendí ufano mi trofeo al tío protonotario, enemigo de los reptiles por su oficio, quien retrocedió algo más de un metro. Todos lo imitaron. Pero la abuela, la más valiente (por eso era la abuela, ¿verdad?), se acercó y, con un golpe seco de sus imperinentes, me hizo soltar la serpiente, que aterrizó inerte sobre la escalinata; mi tío, más tranquilo ya, se puso a rematarla con marcialidad a base de fuertes taconazos, como san Miguel, su patrón.

Sin embargo, pasado el peligro, ocho manos femeninas me desvistieron en un abrir y cerrar de ojos para examinarme de la cabeza a los pies y comprobar que me había librado milagrosamente de la mordedura del reptil. Me pusieron una camisa a toda prisa porque no es cosa decente que un Rezeau, aun jovencito, permanezca desnudo delante de los criados. Mi tío, apartándose

ya de la papilla de víbora, se acercó, inflexible como la justicia, con las manos dispuestas en forma de balanza a ambos lados de la sotana.

—¿Le ha mordido a este imbécil de crío?

—No, Michel.

—Demos gracias a Dios, madre.

Un padrenuestro y una avemaría. Un pequeño exvoto quedó prendido en el silencio. Acto seguido, el protonotario apostólico me agarró, me tumbó sobre sus rodillas y, con los ojos clavados en el cielo, me zurró a conciencia.



II

¿La Belle Angerie? Un nombre espléndido para serafines caídos, para místicos que viven al día. Digamos enseguida que se trata de una deformación elogiosa de *la Boulangerie*. Pero, si añadimos que «no solo de pan vive el hombre, sino de la palabra que sale de la boca del Señor», la alteración del topónimo se verá justificada, porque os juro que, *Boulangerie* o Belle Angerie,² allí siempre se ha elaborado pan ácimo.³

Prosaicamente hablando, La Belle Angerie es el domicilio social de la familia Rezeau desde hace más de doscientos años. Ese conjunto de edificios, con origen a buen seguro en una tahona, ha acabado por parecerse a una casona señorial. Preservada de la incongruencia, que no de la pretenciosidad, por una fachada a la que le ha sido sacrificada toda la lógica del interior, La Belle Angerie es con exactitud el prototipo de los castillos de pega tan caros a la rancia burguesía. Las viejas familias de Craon adolecen del vicio de la paleta de albañil en el mismo grado que las congregaciones de monjas. Nuestros campesinos, parientes cercanos de los campesinos bretones, se conforman con ampliar su parcela cuando pueden. Los más ricos se procurarán un establo hecho

² Juego de palabras por similitud fonética entre *boulangerie* ('panadería') y el neologismo *angerie* ('angelería'), derivado de *ange* ('ángel').

³ El pan ácimo es el utilizado para elaborar las hostias.

de buena piedra, escasa en la región, que ha de ser traída de Bécon-les-Carières con grandes costes. Parece, sin embargo, que los burgueses necesitan un número de estancias inútiles proporcional al de las hectáreas sobre las que se extiende el dominio de sus cotos y regalías.

¿La Belle Angerie? Treinta y dos estancias, todas ellas amuebladas; sin contar la capilla; sin contar las dos torrecillas nobiliarias, donde se han camuflado los retretes; sin contar ese enorme invernadero estúpidamente orientado al norte, de modo que las adelfas parecen siempre en invierno; sin contar la granja aneja del jardinero, las cuadras reconvertidas después en garaje, las otras dependencias, las casetas dispersas a lo largo y ancho del parque, todas dedicadas a algún santo friolero acurrucado en su hornacina y que sirven de etapa los días de rogativas... Paso por alto dos o tres palomares abandonados hace tiempo a los gorriones, tres pozos colmatados y coronados todavía de pizarra, dos puentes solemnes tendidos sobre ese chorrito de agua llamado Ommée, algunas pasarelas y una treintena de bancos de piedra o madera repartidos por todo el parque para que se acomode cuando toque la distinguida fatiga del amo.

Este confort para las nalgas es con mucho el único del que se disfruta en La Belle Angerie. ¡El teléfono y la calefacción central son puras entelequias! Hasta la expresión E. G. E.⁴ de los anuncios inmobiliarios es aquí del todo desconocida. El agua, que se halla a cien metros, se extrae de un pozo sospechoso cuyo brocal está infestado de caracoles. Con excepción del salón, donde el parque, dispuesto directamente sobre el suelo, se reemplaza cada diez años, todas las estancias están adoquinadas

⁴ *Électricité, gas, eau* ('luz, gas y agua corriente').

con baldosas de terracota. Digo adoquinadas porque las baldosas no ajustan entre sí. Pero las cocinas se llevan la peor parte, pues solo tienen derecho a unas losas de pizarra de Noyant-la-Gravoyère, mal asentadas sobre tierra batida. No hay apenas estufas, sino enormes chimeneas con morillos de hierro fundido. Si a todo eso le sumamos las precarias comunicaciones por caminos vecinales atestados de tronchos de coles, un abastecimiento exclusivamente local (es decir, rural), un clima descrito a la perfección por la antigua divisa de los señores del lugar, los Soledot, «¡Brilla, mi pálido sol!»,⁵ coincidiréis conmigo, seguro, en que nuestra Belle Angerie solo es habitable en verano, cuando los marjales del Ommée humean al sol y dejan al desecarse una costra cuyos surcos forman un embaldosado donde se aventuran las livianas pisadas de los rapaces a la búsqueda de huevos de currucas.

Mi abuela así lo entendía, pues se mudaba dos veces al año en fecha fija y nunca se olvidaba de llevarse el piano, la máquina de coser y la batería de cocina de cobre rojo, objetos de los que no había duplicado. Sin embargo, nosotros habríamos de vivir en la casa (con ce mayúscula) todo el año y conformarnos, como se conforman con la suya, semejante a la nuestra en todo, los tagarotes de la región.

La región de marras, en la época en que comienza mi relato, es decir, hará veinticinco años, estaba, por lo demás, mucho más atrasada que ahora. Debía de ser la más atrasada de Francia. En los confines de tres provincias (el Maine, la Bretaña y Anjou), ese rincón de

⁵ En el original, «Luis, mon soleil d'eau!». *Soleil d'eau* es una expresión arcaica que designa al sol pálido que anuncia lluvias, de la que el autor hace derivar el apellido Soledot por analogía fonética.

tierra arcillosa no tiene ni un nombre concreto ni una gran historia, salvo, quizá, en la época de la Revolución. Llámense tierras de Craon, de Segré o del Bocage angevino, cualquiera de esos apelativos sirve. Tres departamentos se reparten esta antigua marca fronteriza entre regiones de gabelas⁶ grandes y pequeñas, secularmente embrutecida a fuer de una vigilancia y una represión encarnizadas. El camino de la Contrabandista de Sal, la granja de la Sal Roja, la heredad de los Siete Ahorcados: topónimos siniestros que perduran. No hay nada llamativo. Prados bajos invadidos por el carrizo, veredas solo transitables por carros de ruedas enormes, multitud de setos vivos que le dan a la campiña el aspecto de un damero espinoso, manzanos para sidra invadidos por el muérdago, algunas landas de retamas y, sobre todo, mil y una charcas, cobijo de leyendas mojadas, de culebras de río y de ranas infatigables. Un paraíso terrestre para la agachadiza, el conejo y la lechuza.

No así para los hombres. De raza enclenque, plagada de «galos degenerados»,⁷ zambos, a menudo tuberculosos, diezmados por el cáncer, los lugareños conservan el bigote caído, la cofia con el lazo azul, el gusto por las sopas contundentes como la argamasa, una considerable sumisión al curato y al señorío, la desconfianza del cuervo, la terquedad de los mulos, cierta

⁶ La gabela era un impuesto feudal del Antiguo Régimen, muy impopular entre la población, en especial la gabela sobre la sal. No se pagaba la misma cuantía en todas las regiones; por eso se habla de grandes y pequeñas gabelas.

⁷ Expresión que aparece en la canción «Les esclaves gaulois» (1824), de Pierre-Jean de Béranger (1780-1857), poeta francés que compuso canciones muy famosas en su época en las que ensalzaba las glorias del Imperio y la Revolución, y denunciaba la opresión del pueblo durante el Antiguo Régimen.

debilidad por el aguardiente de endrinas y, sobre todo, por la sidra de pera. Casi todos son aparceros de la misma tierra, de padres a hijos. Llevan la servidumbre en la sangre, envían a la Cámara media docena de vizcondes republicanos y a las escuelas cristianas otra media docena de niños que al crecer se convierten en cabreros y lacayos de balde.

En ese marco carcomido han vivido nuestras ahora abolidas viejas glorias, que han corrido la misma suerte que los gorros de dormir. Pertenezco, que quede claro, a la famosa familia Rezeau; fama, digamos, que no llega a ser mundial, pero que sí trasciende del ámbito puramente departamental. En todo el oeste, nuestra tarjeta de visita, grabada si es el caso, se enseñoera en las bandejas de cobre. La burguesía nos envidia. La nobleza nos recibe y a veces nos regala una de sus hijas; si no nos compra una de las nuestras. (A fuer de sincero, llevado por un poso de orgullo mohoso, me he olvidado de conjugar el verbo en imperfecto).

La historia corriente no os ha contado, sin duda, que Claude Rezeau, capitán vandeano, fue el primero en entrar en Les Ponts-de-Cé, tras el efímero avance del ejército monárquico y católico. (Después se cantará: «Católico y francés»). El nombre de Ferdinand Rezeau, primero secretario del pretendiente, después diputado conservador de *su* república, no os sonará de nada. Pero ¿y si digo René Rezeau? ¿Quién no conoce a René Rezeau, aquel hombrecillo bigotudo que agitaba en el aire el sombrero de la retaguardia bournisiana,⁸ ese

⁸ Alusión al abate Bournisien, personaje de *Madame Bovary* (1857), de Gustave Flaubert (1821-1880), encarnación del clérigo ortodoxo.

genio tan presente en la concesión de premios en las escuelas cristianas? Me merezco un respeto, pues se trata de mi tío abuelo. El retorno a la tierra, el retorno a Alsacia, el retorno a las almenas, el retorno a la fe, ¡el eterno retorno! No, no os habéis olvidado de ese programa. Él es «el cepillo que da lustre a la familia», él es el gran hombre, nacido demasiado tarde para alistarse con los zuavos pontificios, muerto demasiado pronto para asistir a los santos triunfos del MRP,⁹ pero paladín de todas las matracas de las dos entreguerras. Fue él, comandante de San Gregorio y signatario de excelentes contratos de ediciones piadosas, quien supo conducir la fama de los Rezeau al sillón de la Academia Francesa en el que sentó sus posaderas durante casi treinta años. No necesito en absoluto recordar que su muerte, acaecida en 1932, tras un lento martirio de la vejiga que le confirió su postrera aureola, motivó un gran desfile de consternados biempensantes bajo una pertinaz lluvia de salivazos y agua bendita.

Ese héroe tenía un hermano, mi abuelo, ni más ni menos, y mi abuelo, como todo el mundo, tenía una mujer que respondía al nombre bíblico de Marie. Le hizo once hijos, de los que ocho sobrevivieron a la educación cristiana que les procuraron. Le hizo once retoños porque los primeros fueron seis niñas, de las cuales cuatro estaban destinadas a tomar los hábitos (ellas eligieron la mejor parte), y porque se precisaba de un varón al menos para perpetuar el apellido y el escudo de la familia, aunque sus armas no pasaran de plebeyas. Mi padre llegó ya el séptimo y lo llamaron Jacques,

⁹ Movimiento Republicano Popular, partido político francés de corte democristiano fundado en 1944 y disuelto en 1967. Desempeñó un papel importante en la formación de coaliciones de gobierno.

como el apóstol (de los dos, el que se hizo colaboracionista al compartir su festividad con san Felipe).¹⁰ Y mi venerable abuelo, tras la llegada de un heredero por fin masculino, no quiso irse al otro mundo sin haberle dado antes otros cuatro hijos a Marie, mi abuela, y de ese modo entregar a Dios un futuro canónigo en la persona de Michel Rezeau, el benjamín, hoy protonotario apostólico... Amén.

El azar, por tanto, el mismo que hace que se nazca rey o patata, que tengas una entre dos millardos de posibilidades en la lotería social, ese azar quiso que yo naciese Rezeau en la rama más alejada de un árbol genealógico agotado, de un olivo estéril plantado en los últimos jardines de la fe. El azar quiso que yo tuviera una madre...

Pero no nos anticipemos. Diré tan solo que en 1913 Jacques Rezeau, mi padre, doctor en Derecho, profesor de la Universidad Católica (actividad poco lucrativa, como corresponde), se casó con la muy rica señorita Paule Pluvignec, nieta del banquero del mismo apellido, hija del senador del mismo apellido, hermana del teniente de coraceros del mismo apellido, muerto posteriormente en el campo del honor (lo que le permitió duplicar *sus esperanzas*). Ella tenía una dote de trescientos mil francos. Trescientos mil francos de oro. La educaron, vacaciones incluidas, en un internado de Vannes, de donde únicamente salió para casarse con el primer hombre que se le acercó, aparte de

¹⁰ Alusión a Philippe Pétain (1856-1951), héroe y villano de la historia francesa contemporánea. El santo que comparte festividad con san Felipe (3 de mayo) es Santiago el Menor.

eso elegido por sus padres, demasiado enfrascados en la sociedad y la política como para ocuparse de aquella taimada niña. No conozco nada más de su juventud, que no es excusa para la nuestra. Mi padre, que se había enamorado de una joven colega protestante (¡pero René Rezeau vigilaba!), se casó con esa dote, que le permitió hacerse pasar por un magnate hasta la devaluación de Poincaré. De esta unión, indispensable debido a la pobreza de los Rezeau, nacieron sucesivamente Ferdinand, al que conoceréis como Fréddie o Flojeras; Jean, el que suscribe, al que podéis llamar como queráis, pero que os romperá la cara si se os ocurre mencionar el mote de Zaragatero, y Marcel por último, alias Cagueta. Luego, según supe, siguieron algunos abortos involuntarios, en los que pienso no sin cierta envidia, puesto que sus respectivos productos tuvieron la suerte de no traspasar el estado de feto Rezeau.

En ese año de gracia de 1922, cuando yo sofocaba víboras, habíamos sido confiados, Fréddie y yo mismo, a la custodia de nuestra abuela. Confiados: ¡vaya eufemismo! La intervención decidida de la abuela, a la que no podíamos llamar *yaya*, pero que tenía un corazón propio de ese apelativo plebeyo, nos había salvado de sevicias desconocidas, pero ciertamente graves. Puedo imaginar los biberones rellenos con agua sucia, los pañales podridos, los berridos jamás calmados... No me hago una idea concreta, pero no se le hurtan los niños a una joven madre si no hay motivos graves.

Nuestro hermano menor, Marcel, no pertenecía al lote atribuido a la suegra. Había nacido en China, en Shanghái, donde el señor Rezeau ejercía como profesor de Derecho Internacional en la Universidad Católica de la Aurora.

Separados de este modo, disfrutábamos de una felicidad provisional, entrecortada por castigos sin postre, azotainas y grandes arrebatos místicos.

Porque, quiero contarlo, de los cuatro a los ocho años yo era un santo. No se vive con impunidad en la antesala del cielo en compañía de un cura exento del servicio divino por una tuberculosis pulmonar, un escritor especializado en el estilo edificante, una abuela adorablemente severa con respecto a la historia sagrada y un puñado de primos o tías, pertenecientes casi todos a alguna orden tercera, inútiles para las matemáticas pero unos hachas en la contabilidad por partida doble de las indulgencias (traslademos nuestro crédito de invocaciones al débito de las almas del purgatorio para que los nuevos elegidos nos lo reembolsen en forma de intercesiones).

¡Yo era un santo! Ahora me viene a la mente el recuerdo de un cordel... ¡Peor para mí! Afrontaré el ridículo. Es obligado que podáis olfatear el olor de mi santidad, en el que, sin embargo, no he muerto.

Dicho cordel pertenecía a una caja de bombones. Los chocolates no estaban envenenados, a pesar de que los enviara la señora Pluvignec (creo que también debería decir *la abuela*), la entonces apuesta senadora del Morbihan. Esos dulces formaban parte del protocolo sentimental de la señora Pluvignec y nos llegaban con regularidad tres veces al año: el 1 de enero, en Semana Santa y para nuestros respectivos cumpleaños. Tenía derecho a comer dos al día, uno por la mañana y otro por la tarde, no sin antes santiguarme reglamentariamente.

Yo no supe con precisión cuál fue mi fechoría. ¿Tomé más de la cuenta aprovechándome de los descuidos de

la señorita Ernestine? Tal vez solo fuera uno de esos acelerados gestos, pues no podía aguantarme, de cazar moscas que siempre provocaban esta apostilla indignada:

—¡Es la señal de la cruz lo que tiene que hacer, Zaragoza!

No lo sé, pero me sentí preso de remordimientos y de una sincera contrición. Y, por la noche, en mi habitación (La Belle Angerie es tan grande que todos tenemos una propia desde la más tierna infancia... Es una buena cosa. Los niños se acostumbran a quedarse solos en la oscuridad)... Por la noche, en mi habitación, decidí, en perfecta comunión con Baptiste (el otro extremo de mi nombre de pila, es decir, mi ángel de la guarda, o más bien mi mayordomo, como corresponde al ángel de la guarda de un Rezeau, que no puede llevar solo los paquetitos de sus pecados)... Por la noche, en mi habitación, decidí hacer penitencia. La cuerda de la caja de chocolates, que tenía escrito «para la marquesa», ese cordel liso, algo cortante, me inspiró un pequeño suplicio que sería, a buen seguro, agradable a los ojos de Dios. Me lo até alrededor de la cintura y apreté el nudo lentamente hasta sentir un dolor razonable. Apreté, como si fuera la víbora, muy decidido al principio, menos entusiasmado al cabo de tres minutos y con pesar al final. Nunca he sido quejica: no me han enseñado a serlo. Pero el aguantar de un niño es limitado, y no es muy alto cuando tan solo se cuenta con setenta y dos meses de experiencia en el dolorismo¹¹ experimental. Dejé de apretar con la excusa de que el cordel, muy forzado, se podía romper. No era necesario destruir mi sacrificio.

¹¹ Doctrina que atribuye al dolor virtudes moralmente transformadoras. El dolorismo tuvo su vertiente literaria y su manifiesto: *Manifeste du dolorisme* (1935), de Julien Teppe (1910-1975).

Y, sobre todo, no había que destruir su huella. Porque, a buen seguro, la señorita vendría al día siguiente por la mañana para despertarme, como todos los días, diciendo, como todos los sábados: «Venga, ídese prisa, gandul!... Demos gracias a Dios, que nos regala este día para poder servirle... Hoy toca cambio de camisa, Zaragatero. En el nombre del Padre, del Hijo... Procure no ensuciarse. Cuando se va al váter, hay que limpiarse como es debido. Padre nuestro que estás en los cielos... Etcétera».

¡Sábado glorioso! Verá enseguida el cordel. Me dormí sin saber que acababa de cometer, ingenuo de mí, el pecado de soberbia en la forma más satánica: ¡la soberbia de espíritu!

Pero la señorita, a la mañana siguiente, no sospechó nada.

—¡Ay! —dijo—, este niño es incorregible. —Después, desdiciéndose, con cierta conmiseración en sus ojos—: Jean, Dios no permite que se juegue con la salud. Me veo obligada a decírselo de inmediato a su abuela.

Escuchaba sus palabras con gran satisfacción, pero fingía, por supuesto, el pudor y la desolación propios de un alma profanada. Cinco minutos más tarde, la abuela, que se había echado encima de la bata su chal con flecos, se inclinaba sobre mí atosigándome con reproches, aunque no se diría ni por el tono ni por su mirada, iluminada por un orgullo temeroso. Y luego ese dedo, ese largo dedo de novelista para las hijas de María (porque ella también escribía de vez en cuando) que seguía indulgente la línea roja, ¡el elocuente estigma que todavía me circundaba!

—Tienes que prometerme que no harás más sacrificios sin decírmelo antes. ¿No te parece, pequeño Jean?

¡Aquella mañana no me llamaban Zaragatero! Lo prometí. La abuela y la señorita salieron asintiendo con

la cabeza al unísono, ambas incapaces de castigar a un santo. Yo tenía el oído lo bastante agudo como para oír aquella recomendación dicha a media voz tras la puerta:

—Vigile a este pequeño, señorita. Me preocupa, pero reconozco que me hace concebir grandes esperanzas.